

Francisco Fernández Carvajal

ORACIÓN HUMILDE Y PERSEVERANTE

- La curación de la hija de la mujer cananea. Condiciones de la verdadera oración.
- Confianza de hijos y perseverancia en nuestras peticiones.
- En la oración debemos pedir gracias sobrenaturales, y también bienes y ayudas materiales en la medida en que sean útiles a la salvación propia o del prójimo. Pedir para los demás. El Rosario, «arma poderosa».

I. Nos dice San Marcos en el Evangelio de la Misa que llegó Jesús con sus discípulos a la región de Tiro y de Sidón¹. Allí se acercó a ellos una mujer gentil, sirofenicia de origen, perteneciente a la primitiva población de Palestina. Se echó a sus pies y le pidió la curación de su hija, que estaba poseída por el demonio. Jesús no decía nada, y los discípulos, cansados de la insistencia de la mujer, le pedían que la despachara². El Señor trata de explicar a la mujer que el Mesías ha de darse a conocer en primer lugar a los judíos, a los hijos. Y, con una expresión difícil de comprender sin ver sus gestos amables, le dijo: *Deja que primero se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos*. La mujer no se sintió herida ni humillada, sino que insiste más, con profunda humildad: *Señor, también los perrillos comen debajo de la mesa las migajas de los hijos*. Ante tantas virtudes, Jesús, conmovido, no retrasó más el milagro que se le pedía, y la despidió así: *Por esto que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija*. Dios, que resiste a los soberbios, da su gracia a los humildes³; aquella mujer alcanzó lo que quería y se ganó el corazón del Maestro.

Es el ejemplo acabado para todos aquellos que se cansan de rezar porque creen que no son escuchados. En su oración se hallan resumidas las condiciones de toda petición: *fe, humildad, perseverancia y confianza*. El intenso amor que muestra hacia su hija poseída por el demonio debió de agradar mucho a Cristo. Quizá los Apóstoles se acordaron de esta mujer cuando oyeron más tarde la parábola de la viuda inoportuna⁴, que también consiguió lo que quería por su tozudez, por su insistencia.

Enseña Santo Tomás que la verdadera oración es infaliblemente eficaz, porque Dios, que nunca se vuelve atrás, ha decretado que así sea⁵. Y para que no dejáramos de pedir, el Señor nos mostró con ejemplos sencillos y claros, para que lo entendiéramos bien, que siempre y en todo lugar nuestras oraciones hechas con rectitud llegan hasta Él y las atiende: *si entre vosotros un hijo pide pan a su padre, ¿acaso le dará una piedra?; o si pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una serpiente?... ¡Cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos...!*⁶. «Jamás Dios ha negado ni denegará nada a los que piden sus gracias debidamente. La oración es el gran recurso que nos queda para salir del pecado, para perseverar en la gracia, para mover el corazón de Dios y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones del cielo, ya para el alma, o por lo que se refiere a nuestras necesidades temporales»⁷.

Cuando pidamos algún don, hemos de pensar que somos hijos de Dios, y Él está infinitamente más atento hacia nosotros que el mejor padre de la tierra hacia su hijo más necesitado.

II. Dios ha previsto desde la eternidad todas las ayudas que precisamos y también los auxilios, las gracias que nos moverían a pedir, pues Él nos trata como a hijos libres y pide nuestra colaboración. Tanta necesidad tenemos de pedir para conseguir la ayuda de Dios, para obrar el bien, para perseverar, como precisa es la siembra para cosechar después el trigo⁸. Sin la siembra no hay espigas; sin petición no tendremos las gracias que debemos recibir. Y a medida que intensificamos la petición identificamos nuestra voluntad con la de Dios, que es Quien verdaderamente conoce nuestra penuria y escasez. Él nos hace esperar en ocasiones para disponernos mejor, para que deseemos esas gracias con más hondura y fervor; otras veces rectifica nuestra petición y nos concede lo que realmente necesitamos; finalmente, en otros momentos no nos concede lo que pedimos porque, sin darnos cuenta quizá, estamos pidiendo un mal que nuestra voluntad ha revestido con la apariencia de bien. Una madre no da a su hijo un afilado cuchillo que brilla y atrae y que la pequeña criatura desea con pasión. Y nosotros somos como hijos pequeños delante de Dios. Cuando pedimos algo que

sería un mal, aunque tenga apariencia de bien, Dios hace como las buenas madres con sus hijos menores: nos da otras gracias que sí serán para nuestro provecho, aunque, por nuestras pocas luces, las deseemos menos. Nuestra oración ha de ser, pues, *confiada*, como quien pide a su padre, y *serena*, porque Dios sabe bien las necesidades que padecemos, mucho mejor que nosotros mismos.

La confianza nos mueve a pedir con *constancia*, con perseverancia, sin cejar, insistiendo una y otra vez, con la seguridad de que recibiremos mucho más y mejor de lo que hemos pedido. Debemos insistir como el amigo importuno a quien le faltaba pan y como la viuda indefensa que clamaba noche y día ante el juez inicuo. *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abrirá*⁹. La misma perseverancia en la petición aumenta la confianza y la amistad con Dios. «Y esta amistad que produce el ruego abre camino para una súplica más confiada aún (...), como si, introducidos en la intimidad divina por el primer ruego, pudiésemos implorar con mucha más confianza la siguiente vez. Por eso, en la petición dirigida a Dios, la constancia, la insistencia, nunca es inoportuna. Al contrario, agrada a Dios»¹⁰. Esta mujer cananea es un ejemplo, que debemos imitar, de constancia, aunque *aparentemente* el Señor no la escuchaba.

Al hablar de la eficacia de la oración, Jesús no hace restricciones: *todo el que pide recibe*, porque Dios es nuestro Padre. San Agustín enseña que nuestra oración no es escuchada a veces porque no somos buenos, porque nos falta limpieza en el corazón o rectitud en la intención, o bien porque pedimos mal, sin fe, sin perseverancia, sin humildad; o porque pedimos cosas malas, es decir, lo que no nos conviene, lo que puede hacernos daño o torcer nuestro caminar¹¹. Es decir: la oración no es eficaz cuando no es verdadera oración. «Haz oración. ¿En qué negocio humano te pueden dar más seguridades de éxito?»¹²: *En verdad os digo que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, si tenéis fe, os lo concederá*¹³.

III. *Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación...*¹⁴, reza el sacerdote en voz alta durante la Santa

Misa. En la oración de petición podemos solicitar cosas para nosotros y para los demás; en primer lugar, los bienes y las gracias necesarias para el alma. Por muchas y urgentes que sean las limitaciones y privaciones materiales, tenemos siempre más necesidad de los bienes sobrenaturales: la gracia para servir a Dios y ser fieles, la santidad personal, ayudas para vencer en la lucha contra los propios defectos, para confesarnos bien, para prepararnos a la Sagrada Comunión... Pedimos los bienes temporales en la medida en que son útiles para la salvación y en la medida en que están subordinados a los primeros.

El Señor mismo nos enseñó a rogar: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy...*; el primer milagro que hizo Jesús, *por el que se manifestó a sus discípulos*¹⁵, fue de carácter material. María aparece en Caná, donde, «manifestando al Hijo con delicada súplica una necesidad temporal, obtiene también un efecto de gracia: que Jesús, realizando el primero de sus "signos", confirme a los discípulos en la fe en Él»¹⁶. Por la unidad de vida, todos los bienes de carácter material redundan, de algún modo, en la gloria de Dios. Aquel milagro de Caná, realizado por intercesión de María, nos anima y nos mueve a pedir también gracias de carácter temporal, que nos son necesarias o convenientes en la vida corriente: ayudas para salir adelante en un apuro económico, la curación de una enfermedad, superar un examen difícil para el que hemos estudiado... «Uno pide en la oración le conceda mujer para esposa según su deseo, otro pide una casa de campo, otro un vestido y otro pide se le den alimentos. Efectivamente, cuando hay necesidad de estas cosas debemos pedírselas a Dios Todopoderoso; pero debemos tener siempre presente en nuestra memoria el mandato de nuestro Redentor: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y las demás cosas se os darán por añadidura (Mt 6, 33)*»¹⁷. No dediquemos lo mejor de nuestra oración a pedir solo las «añadiduras».

Al Señor le es muy grato que le solicitemos gracias y ayudas para los demás, y que encarguemos a otras personas que recen por nosotros y por nuestro apostolado: «"Reza por mí", le pedí como hago siempre. Y me contestó asombrado: "¿pero es que le pasa algo?"».

»Hube de aclararle que a todos nos sucede o nos ocurre algo en cualquier instante; y le añadí que, cuando falta la oración, “pasan y pesan más cosas”»¹⁸. Y la oración las evita y alivia.

Nuestra oración debe estar llena de *abandono* en Dios y de profundo sentido sobrenatural, pues –decía Juan Pablo II– se trata de cumplir *la obra de Dios*, y no la nuestra. Se trata de cumplirla según su *inspiración* y no según nuestros propios sentimientos¹⁹. La Virgen Nuestra Señora enderezará todas las peticiones que no sean del todo rectas, para obtener siempre lo mejor. En el Santo Rosario tenemos un «arma poderosa»²⁰ para alcanzar de Dios tantas ayudas como diariamente necesitamos, nosotros y aquellas personas por las que rogamos.

*Te pedimos, Señor, que nosotros tus siervos gocemos siempre de salud de alma y cuerpo, y, por la intercesión de Santa María, la Virgen, líbranos de las tristezas de este mundo y concédenos las alegrías del cielo*²¹.

1 Mc 7, 24-30. — **2** Mt 15, 23. — **3** 1 Pdr 5, 5. — **4** Lc 18, 3 ss. — **5** Cfr. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 83, a. 2. — **6** Cfr. Lc 11, 11-13. — **7** SANTO CURA DE ARS, *Sermón para el Quinto Domingo después de Pascua*. — **8** Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*, vol. I, p. 500. — **9** Lc 11, 9-10. — **10** SANTO TOMÁS, *Compendio de Teología*, II, 2. — **11** Cfr. SAN AGUSTÍN, *Sobre el sermón del Señor en el Monte*, II, 27, 73. — **12** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 96. — **13** Jn 16, 23. — **14** MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*. — **15** Cfr. Jn 2, 11. — **16** PABLO VI, Exhor. Apost. *Marialis cultus*, 2-II-1974, 18. — **17** SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 27 sobre los Evangelios*. — **18** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 479. — **19** Cfr. JUAN PABLO II, *A obispos franceses en visita «ad limina»*, 21-II-1987. — **20** Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 558. — **21** MISAL ROMANO, *Misa votiva de la Virgen. Oración colecta*.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.